

Madame Proust y la cocina kosher

KATE TAYLOR

Nuevos Tiempos **Siruela**



Kate Taylor

Madame Proust y la cocina kosher

Traducción del inglés de
Alejandro Palomas

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Índice

Cubierta

Portadilla

Madame Proust y la cocina kosher

Agradecimientos

Notas

Créditos

Para mis compañeros de infancia:
Andrew, Sarah, Pegatha y James

«La vida es muy agradable, pero carece de forma.
El objeto del arte es, sin duda, dársela...»

Jean Anouilh, *El ensayo o el amor castigado*

SOPHIE necesitaba unas piedras, pero no se le ocurría dónde encontrarlas en plena ciudad. Aunque no buscaba grandes pedruscos, tampoco estaba dispuesta a conformarse con un puñado de grava que podía coger clandestinamente del diminuto jardín urbano que sobresalía apenas un metro sobre la acera delante del piso bajo del edificio situado a tres puertas del suyo. Mientras pensaba dónde podía encontrar especímenes de mayor tamaño, se acordó con una mezcla de cariño y de arrepentimiento del cubo de latón lleno de pequeños cantos y conchas marinas que durante muchos años la pequeña había guardado en su habitación: recuerdos que había recogido en la playa durante las vacaciones y de los que se había negado a separarse al llegar el momento de tomar el tren de regreso a casa. Sophie se acordó también de los frecuentes paseos por los bosques cercanos, donde sin duda debía de haber todo tipo de rocas dispersas bajo los árboles. Pero la niña había crecido y se había marchado, y hacía ya tiempo que el cubo de latón yacía sumido en el olvido. La familia no había vuelto a viajar a la costa normanda desde el estallido de la guerra y aunque la entrada del Bois de Boulogne estaba a tan solo diez minutos a pie del apartamento, Sophie cada vez se atrevía menos a aventurarse más allá de la panadería de la esquina y no deseaba arriesgarse a tener que sumar una salida adicional a la misión que la ocupaba. Tendría pues que confiar en que encontraría las piedras al llegar a su destino.

Vio, aliviada, que Philippe también había salido antes esa mañana, de modo que no tuvo necesidad de dar explicaciones sobre su partida. La comunicación era cada vez más difícil entre ellos y no tenía energías para inventarse una mentira que la respaldara mientras abría la pesada puerta de roble del apartamento. Durante el tiempo que la niña había estado con ellos, se habían mantenido unidos y resueltos en la ejecución de sus planes: Sophie y Philippe conseguirían poner a su hija a salvo aunque para ello tuvieran que invertir en la empresa todos sus ahorros. Sin embargo, cuando, tras nueve largas semanas desde la noche de la

separación de la pequeña, supieron que el grupo en el que viajaba la niña había logrado cruzar el puesto fronterizo de Hendaya y pasado sano y salvo a España, el foco en el que habían estado concentrados se disolvió y la unidad quedó fracturada.

Al principio, Philippe pedía permiso a Sophie antes de vender algo. Desde el primer momento, habían acordado que la cubertería de plata, regalo de bodas de la madre de ella y cuyas piezas estaban delicadamente labradas con tracería de hojas de parra, era sagrada, tras lo cual habían agonizado juntos intentando decidir cuál de sus pertenencias era más prescindible. Sin embargo, ahora Sophie sabía lo que él se llevaba solo cuando notaba su ausencia. Podía estar leyendo sentada en el salón y, al levantar los ojos hacia la repisa de mármol de la chimenea para ver la hora, encontrarse con que el reloj dorado con las figuras de ninfas del bosque que sostenían su esfera blanca y negra había desaparecido. O si estaba buscando un plato en el que servir una magra comida de patatas hervidas y alubias, advertir que el armario donde guardaban la vajilla estaba menos repleto que antes y descubrir que la porcelana de Sèvres ya no estaba.

Esas pérdidas se callaban y Philippe ya no la hacía partícipe de sus planes. Aun así, Sophie sabía que probablemente él había salido esa mañana a visitar a algún otro comerciante. En los tiempos que corrían, ese era el único motivo que tenía Philippe para salir del apartamento. Cuando, con la imposición de los cupos de oficios, él perdió la consulta, salía a diario e iba apresuradamente a la Cité en metro porque el *Maître Richelieu* le había dado un trabajo como secretario en su oficina. Pero Philippe no podía seguir arriesgándose a desplazarse diariamente, y tampoco su anterior colega podía correr el riesgo de emplearle. Se pasaba los días leyendo el periódico y rebuscando inútilmente entre sus viejos archivos. Suspendidos entre la vida que habían llevado hasta entonces y el futuro incierto, parecían haber quedado momentáneamente abandonados a merced del tiempo. Cada vez más, Sophie anhelaba que ocurriera algo que pusiera fin a la situación y había empezado a pensar que cuando por fin llamaran a la puerta, encontraría en ello un alivio.

Solo le quedaba esa última misión por cumplir. Se abrochó con firmeza el cinturón de la trenca de color pardo –necesitaría sin duda sus

bolsillos hondos y resistentes para cargar en ellos las piedras que pudiera encontrar— y salió sigilosamente al descansillo. Se asomó por encima de la barandilla de hierro forjado y miró hacia el vestíbulo, situado cuatro pisos más abajo, para cerciorarse de que madame Delisle no estuviera allí, barriendo la alfombra o sacando lustre a los pilares de bronce de la escalera. El vestíbulo estaba de momento vacío y Sophie bajó apresurada aunque silenciosamente. Salvó sin hacer ruido el último escalón, se deslizó por el vestíbulo vacío como un fantasma y salió a la calle.

Se dirigió de prisa hacia el metro, intentando adoptar un paso lo suficientemente rápido como para dar a entender que la movía una misión legítima aunque no tanto como para que nadie pensara que huía de algo. Hacía un día agradable, todavía caluroso a pesar de estar ya en pleno octubre, y no pudo evitar dejar que la luz le caldeara el rostro. Desde La Muette, la parada en la que tantas veces antes había subido al tren confiada y sin temor alguno, tomó el metro hacia el este, manteniendo la cabeza gacha para no cruzar la mirada con nadie, escudriñando ansiosa no ya los rostros de los demás pasajeros sino su calzado igualmente revelador. Buscaba atemorizada las botas de cuero perfectamente lustradas de algún gendarme u oficial alemán, pero no vio ninguna y cuarenta minutos más tarde llegó sin novedad a su parada, Père Lachaise.

Père Lachaise es el cementerio más famoso de París. Al cruzar la verja de entrada, Sophie se oyó pronunciando esas palabras en su cabeza al modo de un guía turístico y entendió que estaba hablando a su hija. «Este es el cementerio más famoso de París», continuó al tiempo que se adentraba por uno de los trillados senderos de fango, «donde yacen Sarah Bernhardt, Oscar Wilde y Marcel Proust. Mira, cariño, ahí está la tumba de Alfred de Musset. Sí, esa, la del pequeño sauce. Es el hombre que da nombre a nuestra calle, un gran escritor». De hecho, y en secreto, siempre había opinado que aquel árbol era una ridiculez. El poeta había pedido que le enterraran debajo de un sauce, y en vez de buscar la orilla de un río para tal efecto, su familia le había enterrado en el Père Lachaise y había plantado aquel patético espécimen sobre su tumba. Pero Sophie nunca había compartido esa crítica con su hija.

«Aquí es donde descansan los grandes artistas de Francia», prosiguió.

«El escritor Alphonse Daudet está aquí, y también los pintores Géricault y Delacroix, el dramaturgo Beaumarchais, la poetisa Anna de Noailles y Georges Bizet, el compositor de *Carmen*. Aquí es donde el Faubourg Saint-Germain encuentra su amargo final. Aquel monumento contiene los huesos de los De Guiche. Los de Brancovan están también por aquí, y los Rothschild y todas las grandes familias. Está el conde de Montesquiou, famoso dandi en su día. Y mira, esa es la tumba de Félix Faure, el presidente de la República. Murió en brazos de su amante en pleno apogeo del caso Dreyfus.» A decir verdad, esa clase de cosas no se explicaban a una niña que todavía no había cumplido los doce años, del mismo modo que tampoco podía explicar por qué el escritor inglés Oscar Wilde había sido enterrado en París, exiliado y caído en desgracia.

Al ver el monumento dedicado a la memoria de Faure, Sophie vio también un pequeño claro de tierra desnuda situado justo detrás, que señalaba el espacio de una futura tumba. Se acercó y empezó a apartar con la punta del pie las hojas secas y la hierba medio muerta. Pronto dio con lo que buscaba: una piedra redonda de cantos suaves y del doble del tamaño de una moneda de un franco. Tras apartar más hojas y hierba con el pie, logró recoger una docena de piedras del mismo tamaño que se metió en los bolsillos y siguió subiendo colina arriba hacia lo alto del cementerio.

Cuando llegó a las tumbas de los suyos, Sophie entendió por qué hablaba a su hija. Podría haber llevado allí a la pequeña antes de su partida. En aquel entonces la idea ni se le había pasado por la cabeza. Apenas había habido tiempo, solo un día para preparar una bolsa de viaje lo suficientemente pequeña para que la niña pudiera cargar con ella, para hacer promesas, para mimarla durante un breve instante rápidamente interrumpido por la llegada de una señora y un caballero que habían venido a buscarla diez minutos antes de la hora acordada. Bueno, Sophie decidió que pondría solución a eso y prosiguió con la visita guiada en su cabeza.

«Esta es mi familia», diría al volverse hacia el monumento de mármol negro en el que figuraba la inscripción WEIL. «Eran oriundos de Metz, de la Lorena. Fuimos una vez, cuando eras muy pequeña. Bueno, seguro que no te acuerdas, eras demasiado pequeña. En cualquier caso,

no importa porque todos hemos vivido aquí, en París, desde hace muchos años. Mi bisabuelo hizo fortuna con los botones. Ya, bueno, todo el mundo necesita botones y alguien tiene que fabricarlos. El bisabuelo tenía una fábrica que se dedicaba exclusivamente a fabricar botones.

»Y mi padre, tu *grand-père*, era soldado, cariño, y luchó en la guerra. No, no en esta, sino en la Gran Guerra de 1914. Le condecoraron con la Croix de Guerre, una medalla, por su valor en Verdún. Sobrevivió a las trincheras, pero cuando volvió a casa murió víctima de la gripe. La gripe mató a mucha gente en ese tiempo. Ahora tenemos toda clase de medicamentos, pero en aquellos días las cosas eran distintas. Enfermabas y morías. Yo era apenas una niña y casi no conocí a mi padre, pero tu abuelo fue un héroe, cielo. No te olvides de eso en tu nuevo hogar. Diles que tu abuelo luchó por Francia.

»Y allí está *grand-mère*. Hace ahora dos veranos, ¿te acuerdas? Mejor así. Era ya muy mayor. Mejor que no haya visto... Bueno, mejor así.»

Sophie giró la cabeza, apartando los ojos del nombre de su madre, y se volvió a mirar hacia el fondo del camino, a la piedra gris que señalaba la tumba de los BENSIMON, su familia política.

«Esta es la familia de tu padre. Son los únicos, no hay otros Bensimon en París. Fueron en su día mercaderes en Tánger y en Ámsterdam, aunque viven en Francia desde la Revolución. Ahora son prominentes parisinos, y todos abogados. Como tu padre.

»Nuestra gente pertenece a este lugar, cariño. Ah, sí, los Rothschild eran banqueros de Napoleón, y Sarah Bernhardt fue la actriz más maravillosa que ha dado Francia. Está por ahí, a tu derecha. Henri Bergson está aquí. Era filósofo, y un anciano. Murió el año pasado. Creo que a causa de sus pulmones. Y Marcel Proust, el famoso escritor, aquí. También él era judío. Por parte de madre. De hecho, era prima lejana de mi padre. Sí, estamos enterrados entre lo más granado.

»Este es nuestro lugar, cielo: París. Y aquí, en el Père Lachaise, todo París se extiende a nuestros pies.»

Sophie sacó unas cuantas piedras de su bolsillo y las colocó en equilibrio con cuidado sobre la parte superior plana del panteón de los Bensimon, antes de retroceder hasta la tumba de su propia familia. Allí, la lápida vertical se arqueaba en el techo, con lo cual no logró encontrar

un lugar donde poder dejar las piedras aparte del suelo. Las enterró un poco, calculando que así permanecerían más tiempo allí. Mientras las colocaba, se le ocurrió que todo habría sido más fácil si hubiera practicado la religión de sus vecinos. No habría tenido que salir a escarbar para recoger las piedras. Las floristerías habían estado vacías ese invierno, pero con la llegada del verano las existencias habían aumentado y podían encontrarse bonitos ramos en los bulevares: pequeños ramilletes de crisantemos que llevar a una tumba. En cualquier caso, si hubiera practicado la religión de sus vecinos... Se deshizo rápidamente de la idea, incorporándose y supervisando el efecto. Ese era su recordatorio, con piedras, como mandaba la tradición. Había cumplido con su tarea. Quizá esa misma noche llamaran a la puerta. Sophie estaba ya preparada para el siguiente capítulo.

PARÍS, 7 DE NOVIEMBRE DE 1890, VIERNES

El doctor está furioso con los ingleses. Esta mañana ha recibido una carta plagada de excusas y de dudas del ineficaz doctor Thompson en la que enumera toda suerte de motivos médicos por los que el plan no puede seguir adelante; aseveración que, sin duda, no es más que una patraña. Ya están los británicos jugando a la política, como de costumbre. Ayer el doctor se encendió visiblemente al hablar del tema, y cuando pregunté cómo era posible que el doctor Thompson pusiera objeciones médicas al *cordón sanitaire*, Adrien estalló contra mí: «Por supuesto que no puede. Simplemente se las inventa para complacer a un atajo de mezquinos oficiales de Whitehall». Se expresó con tanta violencia que me permití cierta reconversión. Yo no tengo la culpa de que los ingleses estén decididos a boicotearle, y además debería controlar sus arrebatos de mal genio delante del servicio.

Adrien se calmó lo suficiente como para explicar que todo ha terminado por mezclarse con Egipto. Y es que, al parecer, ¡los ingleses sospechan de nuestras ambiciones imperialistas en ese sentido! Sería irrisorio de no ser por lo triste que resulta. Adrien concluyó diciendo que le traía sin cuidado quién fuera el amo de Egipto, que lo único que él quería era salvar a los europeos del cólera, y a decir verdad sentí lástima por él. Realmente lo cree así y el proyecto le importa tanto que en estos últimos años ha encanecido considerablemente.

Y este otoño ha engordado algunos kilos, a pesar de que todavía faltan casi dos meses para el Año Nuevo. Todas esas comidas de Navidad por delante. He sugerido a Félicie que tengamos siempre fruta o gelatina de postre en vez de *pâtisserie*, aunque no me parece justo privar a Dick de sus dulces solo porque su padre tiende a abusar de ellos. En cualquier caso, Félicie y yo hemos decidido que intentaremos mantener nuestros menús frugales en casa, aunque ninguna de las dos podemos hacer nada con respecto a las cenas. Incluso aunque acompañara a Adrien más a menudo, no podría hacer nada para poner freno a esos menús. La semana pasada había langosta y salmón antes del buey y de la ternera en la cena de los Faure, ¡y cinco clases distintas de tarta de postre! A pesar de que la mesa estaba hermosa y madame se mostró muy solícita, la velada me resultó agotadora.

Tan solo faltan ocho días.

PARÍS, 8 DE NOVIEMBRE DE 1890, SÁBADO

Esta mañana me he vestido de gris por primera vez. Supongo que podría haberlo hecho hace un mes, pero me he acostumbrado a los colores de mi dolor. Adrien, que ha asomado la cabeza por la puerta antes de marcharse a la consulta a ver a un paciente, se ha mostrado muy dulce al respecto y me ha dicho que estaba estupenda. Supongo que Marie-Marguerite se expresará con mayor contundencia cuando venga esta tarde a tomar el té. A pesar de su carácter compasivo y afable, y de que se hace cargo absolutamente de la profundidad del duelo que me embarga tras la muerte de *Maman*, es muy sincera en lo que concierne a la muerte y dice que tendemos a convertir el duelo en un espectáculo. En varias ocasiones me ha advertido de que debo empezar a recibir en cuanto termine el año. Dice que resulta extraño que justo cuando más necesitamos a nuestros amigos para que nos consuelen en el dolor es cuando inventamos reglas para

mantenerlos alejados de nosotros. En cualquier caso, yo nunca he sido partidaria de mantener un salón. El día en que recibo en casa se reduce a unas cuantas señoras disfrutando de una taza de té y compartiendo algunos chismes. Aun así, he decidido que el año entrante visitaré más a menudo las casas de los demás. Tengo que acordarme de decir a Marie-Marguerite que efectivamente asistí a la cena de los Faure, aunque me resultó un debut cuanto menos intimidatorio.

Pasé la tarde de ayer con Dick, repasando con suma atención su ensayo de filosofía para que no se repita la pequeña tragedia del mes pasado. Si bien es cierto que está muy bien escrito y que manifiesta una defensa a ultranza del triunfo de la ciencia (¡su padre estaría totalmente de acuerdo!), tuvimos que trabajar muy duro para eliminar todas las construcciones poco fluidas, pues fue en eso en lo que falló la última vez. No hay duda de que carece del depurado estilo de su hermano.

Siete días. Tan solo una semana.

PARÍS, 9 DE NOVIEMBRE DE 1890, DOMINGO

Disfrutamos de una agradable velada familiar y de un delicioso estofado de conejo. Marie-Marguerite mostró un gran tacto para con mi vestido gris durante el té, de modo que cuando se marchó y mientras me cambiaba para la cena, intenté ponerme un cuello violeta en vez del negro que suelo utilizar y Georges me dedicó un cumplido. Anoche estaba francamente sembrado. No es que él no eche de menos a mamá tanto como yo, pero consigue olvidar su pérdida en cuanto está en buena compañía o cuenta alguna de sus graciosas historias ocurridas en los tribunales. Dick estaba encantado con la historia de un juez que se ha hecho famoso por retirarse a sus habitaciones a dormir la siesta. Los fiscales del tribunal afirman que se le oye roncar desde los pasillos.

Georges bromeaba con Dick sobre medicina, diciéndole que será sin duda un gran médico como su padre y preguntándole sobre el examen de ciencias, llamándole Robert todo el tiempo. (Dice que Dick no es un nombre adecuado para un adulto y que debemos olvidarnos del sobrenombre y así evitar que tomen a Robert por un bebé cuando ingrese en la facultad de Medicina.)

A continuación, los hombres se enzarzaron en un gran debate sobre la pasteurización. Naturalmente, están todos a favor, aunque Adrien dice que no será eficaz hasta que la gente entienda su propósito. A fin de ilustrar su argumentación, pidió a Jean que fuera a buscar a Félicie a la cocina y le preguntara su opinión. Félicie representó su papel admirablemente, diciendo que jamás había oído hablar de nada semejante y que sin duda estropearía el sabor de la leche, un comentario que hizo las delicias de Adrien.

Seis días.

PARÍS, 10 DE NOVIEMBRE DE 1890, LUNES

A veces nuestras aflicciones quedan sumidas en la confusión. Ayer por la tarde, después del almuerzo, cuando salía de mi habitación dispuesta a dar mi paseo, vi la fotografía de Marcel tomada hace ya unos años, justo antes de que empezara sus estudios en el *lycée*. Al ver esos ojos oscuros y profundos, me sentí de pronto abrumada por el dolor y, sola en la habitación, rompí a llorar. Me senté en el pequeño sofá, intentando controlar las lágrimas —sé que Adrien se cansa de esa suerte de demostraciones y que argumenta que su prolongación es perjudicial para la salud—,

y en ese momento me asombró mi estado y me pregunté por qué lloraba. Marcel, a pesar de lo mucho que me preocupa su salud, está vivo y sano, y faltan tan solo cinco breves días para que vuelva a estar con nosotros.

Creo que lloraba por *Maman*, o quizá simplemente por lo rápido que pasa el tiempo, consciente de pronto de que los niños se han hecho mayores. Aunque creo que sobre todo lloraba por *Maman*. Sin embargo, a veces, a pesar de su muerte, es a Marcel a quien más echo de menos: siento su ausencia en todos los rincones del apartamento. La añoranza que me invade al pensar en él no es algo razonado que se bate firmemente en retirada a medida que se acerca su regreso, sino que varía salvajemente de un día al siguiente. Unas veces es apenas una leve sombra que podemos ignorar fácilmente y seguir con el quehacer diario, y otras, un amplio y magnífico bulvar de dolor imposible de evitar. En suma, todo se vuelve confuso.

«No hay un solo rincón ni una sola esquina de esta casa que no me hiera en lo más hondo del corazón. Tu habitación me mata», escribió nuestra querida madame de Sévigné tras la partida de su hija.

PARÍS, 11 DE NOVIEMBRE DE 1890, MARTES

Adrien dice que aumentan las dudas sobre si la vacuna contra la tuberculosis descubierta por los alemanes es realmente eficaz para combatir la enfermedad. Esta tarde asistirá a una reunión de la Comisión Permanente en el Ministerio y dice que De Fleury le contará más sobre el tema, aunque teme que se hayan creado falsas expectativas. Admiro el alcance de sus intereses.

Algunos de sus colegas se obsesionan sobremedida con su especialidad en particular, reservando para sí apenas un pequeño resquicio cuyos límites jamás traspasan. Adrien jamás preguntaría por qué no existe una comisión permanente para la lucha contra el cólera. En vez de eso, se afana por ayudar con la tuberculosis. Todavía conserva esa energía. Cuánto desearía poder decir lo mismo de Marcel. Aunque he alimentado la ilusión de que el año que ha pasado lejos de nosotros le fortalecerá y le enseñará cierto grado de control, a menudo temo que el resultado sea precisamente el contrario y llegue a nosotros con la digestión destrozada y con el temperamento todavía más proclive a la extravagancia.

Ayer por la tarde fui a casa de Marie-Marguerite y mantuve con ella un fructífero *tête-à-tête*, una de esas conversaciones que nos recuerdan por qué somos tan buenos amigos de nuestros amigos. Aunque no es necesario que nada ni nadie nos lo recuerde –el afecto que me une a Marie-Marguerite jamás se debilita–, en ocasiones tenemos estos destellos de consciencia en lo que concierne a una amistad. Le comenté que a veces me siento realmente confundida e incapaz de distinguir entre el dolor que provoca en mí la pérdida de *Maman* y lo mucho que echo de menos a Marcel, y ella lo entendió perfectamente.

Marie-Marguerite recordó un episodio que había tenido lugar unas semanas antes de su boda, un día en que supuestamente tenía que haber ido al dentista. Su madre decidió que había llegado el momento de enseñarle ciertos discretos detalles relacionados con lo que debía esperar del lecho conyugal. Me dijo que esa tarde, en el carruaje, había tenido que recordarse que iba a que le examinaran una muela (una experiencia sin duda harto irritante) y no a prepararse para la noche de bodas. «Y no es que quiera denigrar tus tiernos sentimientos hacia Marcel y hacia tu difunta madre comparándolos con un dolor de muelas ni con la felicidad matrimonial... pero tú me entiendes», concluyó, y las dos nos reímos del peculiar *mélange* de las pruebas de la vida que habíamos terminado por hacer confluir en la misma conversación.

PARÍS, 12 DE NOVIEMBRE DE 1890, MIÉRCOLES

Esta mañana he recibido carta de Marcel. Por supuesto, será la última, y me ha dado mucha rabia que se haya cruzado con la que le envié la semana pasada. Como se encargó de apuntar acertadamente madame de Sévigné: «El problema de la correspondencia en las largas distancias es que todas las respuestas llegan a destiempo».

Si mal no recuerdo, no obstante, decía a continuación que debemos aceptar como natural ese vacío, pues la contención de nuestros pensamientos resultaría sin duda demasiado restrictiva. Desgraciadamente, lamento no haber reprimido mis pensamientos sobre la dieta de Marcel, pues él me informa ahora de que vuelve a tener las tripas sueltas –o, lo que es lo mismo, con demasiada tendencia a ello– y me temo que habría sido más acertado haberle aconsejado que comiera mucho pan en vez de evitar la leche. Espero y deseo que su regreso a París nos permita controlar su dieta de un modo más efectivo y asegurarnos así de que duerme lo suficiente, de modo que pueda dominar su tendencia a la enfermedad de una vez por todas. El pobre muchacho ha pasado un año muy duro por esta causa, a pesar de sus frecuentes visitas a casa. La idea de hacer de él un soldado es, a fin de cuentas, ligeramente extravagante. En cualquier caso, la espera casi ha tocado a su fin y el sábado estará aquí conmigo.

La sala de manuscritos de la vieja Bibliothèque Nationale huele a cuero y a polvo. El aroma mantecoso que impregna la literatura sobrevuela el espacio desde los estantes llenos de gruesos volúmenes encuadernados en piel de becerro, ordenadamente colocados, hasta el fondo de una larga pared. Un penetrante olor a historia se cuelga entre el enrejado decorativo que oculta de la vista los crepitantes radiadores de hierro, y también de la escoba. Exuberante el primero y acre el segundo, los dos olores se entrelazan para mezclarse, colmando el estrecho espacio con un perfume único y esquivo.

Aunque cualquier lector que alzase la nariz podría disfrutar del aroma y preguntarse confundido durante un fugaz instante por la fuente que lo alimenta, nadie lo hace. Aquí, las cabezas se inclinan sobre sus lecturas, los cuerpos se encorvan a ambos lados de las largas mesas, las mentes ocupadas y los sentidos ajenos. Los olores pasan desapercibidos y nadie echa de menos la luz del sol en la peculiar semioscuridad de la sala. En la pared situada delante de las estanterías, las altas ventanas dejarían entrar la penetrante luz del sol de un día de septiembre para bañar la labor de los estudiosos en un resplandor de pura blancura de no ser porque de cada marco cuelga una cortina de lona. Así los preciosos documentos quedan protegidos de los rayos que

terminarían por desteñirlos mientras los lectores pasan las delicadas páginas con las manos enfundadas en guantes blancos.

De hecho, los ejemplares forrados en piel que les rodean son en cierto modo una suerte de engaño, o al menos una irrelevancia: hilera sobre hilera de anticuados catálogos y decimonónicos anuarios raras veces consultados, almacenados aquí a falta de otro espacio donde colocarlos: el corazón de la *salle des manuscrits* yace en otro lugar. Sus páginas siguen inéditas y sin encuadernar, aunque precisamente por esa razón están más vigiladas y custodiadas en los montones que se ocultan tras las paredes de esta sala. Imagino una cámara cubierta por un andamiaje de estantes metálicos en los que se balancean contenedores de cartón del tamaño de cajas grandes de zapatos y cartapacios como el tablero de una mesa de cocina. Ocultos en ese almacén y debidamente vigilados por los diligentes bibliotecarios que mostrarán sus preciosas custodias tan solo a aquellos que ofrezcan una justificación sobradamente razonable para que se les permita verlos, hay toneladas y toneladas de papeles, pergaminos y papel vitela: diarios, notas, letras, recetas, textos mecanografiados, iluminaciones, Biblias, salterios, libros mayores, devocionarios medievales y antiguos folletos y calendarios.

Estos son los tesoros literarios de Francia. Son estos los manuscritos que los estudiosos han venido a consultar y a admirar. Fue de esta colección de la que se extrajo un precioso ejemplar de la *Chronique* de Froissart, un manuscrito escrupulosamente copiado por una mano anónima hace hoy más de seiscientos años, para depositarlo delante de Voltaire, que esperaba trabajando en algún lugar de este mismo edificio en la que era, en ese tiempo, una biblioteca notablemente nueva. Fue de aquí de donde se sacaron las notas originales tomadas por Voltaire para sus historias del XVIII sobre Carlos XII y Luis XIV y se las presentaron a Michelet, que estaba sentado en esta misma sala, en aquel entonces recién construida. Fue aquí donde Zola, que solía ocupar un sitio en la mesa más apartada, esperaba para consultar el manuscrito de Michelet y escribir su *Introducción a la historia universal* (1831). No resulta difícil imaginar al gran novelista allí sentado, con el gabán pulcramente doblado en la silla a su lado y la cabeza tan inclinada sobre la mesa en su intento por descifrar los garabatos de Michelet que prácticamente toca

la mesa con la barba. Y es aquí donde, a su vez, si nuestras credenciales cuelan, podemos examinar el manuscrito de *Germinal*, la novela escrita por Zola en 1885.

Pero acordaos de llegar temprano a la biblioteca. Los habituales del lugar pescan en seguida los mejores sitios y quien se demore demasiado puede terminar ocupando una de las plazas situadas junto al mostrador de pedidos, donde el trasiego turbará su concentración. Muy pronto trasladarán la Bibliothèque Nationale a una sede nueva y gigantesca en el quai François Mauriac, con cuatro torres de cristal con forma de libro llenas de ordenadores y una sala de manuscritos que consistirá en una cámara sin ventanas dotada de una luz de baja intensidad y sometida a estrictos controles de humedad. Sin embargo, por ahora, este es el lugar.

Este no es sitio para mí. Mi camisa blanca cruje y mis pantalones de franela gris están recién planchados. Un jersey de cachemir sobre los hombros con fingida informalidad y unas pocas y bien elegidas joyas suavizan la ropa anodina; en los pies llevo los mismos mocasines italianos de piel elegidos por generaciones de elegantes parisinas. Mi acento es impecable. No hay en él ni rastro de los giros típicamente canadienses que tanto indignan a los franceses. Mi carta de presentación, que envié apresuradamente desde el otro extremo del Atlántico gracias a la ayuda de una diligente amiga que trabaja en la Universidad de Quebec, logra sugerir que soy estudiante de literatura sin llegar a mentir realmente sobre mi profesión. Abajo, en la zona de recepción, la han leído sin demasiado interés antes de hacerme entrega de una tarjeta de lectora y de indicarme con un gesto de la mano que subiera a la segunda planta. Me acerco al panel de cristal enmarcado por la estructura de madera labrada, profusamente adornada, que bloquea la entrada de la sala de manuscritos y cambio la tarjeta de la biblioteca por un pequeño disco de plástico verde. El disco me asigna un asiento en una de las largas mesas donde dejo mis pertenencias antes de acercarme al mostrador de préstamos y consultas situado en el extremo más alejado de la sala. Una vez allí, cambio el disco verde por otro de color naranja que finalmente debo aportar antes de que me hagan entrega de un manuscrito. Relleno mi primera solicitud, pero el encargado no se queda con mi pequeña pieza de color naranja y me envía de regreso a mi sitio.

Veinte minutos más tarde, debo volver a la mesa del ayudante de bibliotecario encargado de la gestión de manuscritos situada al fondo de la sala. También él lee mi carta, esta vez más atentamente, y pregunta acerca de mis intereses. Monsieur Richaud –ese es el nombre grabado en el pequeño letrero que tiene delante– se muestra infeliz y ligeramente molesto por mi presencia al tiempo que pregunta con una voz vacilante y aflautada cuánto tiempo tengo previsto pasar en la biblioteca. Un par de días, quizá una semana. ¿Quién sabe lo que puedo encontrar aquí? ¿Cómo decir lo que busco en realidad? Tras una larga negociación, por fin me concede su receloso permiso, pasándose una pálida mano por una ceja grasienta antes de corregir la signatura topográfica de mi solicitud y añadir su firma. Unos días después, monsieur Richaud lamenta claramente su decisión. De vez en cuando se levanta, visiblemente nervioso, del lugar que ocupa al fondo de la sala y se asoma para espiar a los estudiosos, inclinando torpemente su cuerpo escuálido junto al mostrador central de información mientras su húmeda mirada me observa con especial recelo. Debe de sospechar que soy tan solo una turista que se ha colado en el templo de la erudición, una diletante, la suerte de intrusa que a buen seguro esconde un bolígrafo prohibido en alguna parte de su persona. Le preocupa haberse equivocado al permitir que siga adelante con mi misión. Llevo varios días aquí. Nada indica que tenga intención de marcharme.

Sin duda, su confiado subalterno, el ayudante del ayudante de bibliotecario, un hombre alto de pelo castaño que parece demasiado consciente de su atractivo, sabe que no soy más que una simple intrusa. Todos los días, cuando llego por la mañana pocos minutos después de las nueve, ansiosa por cambiar mi disco verde por el de color naranja e instalarme en el escritorio que está cómodamente alejado de la línea de visión de monsieur Richaud, el ayudante del ayudante me mira y me saluda con un irónico *Bonjour, mademoiselle*, como diciendo: «Puede que mi pobre jefe no tenga el coraje de desafiarla, pero yo veo lo que oculta tras sus doctas pretensiones». Sonríe intencionadamente y sigue adelante con sus quehaceres. Haciendo guardia en el mostrador de préstamos, los empleados me vigilan recelosamente por turnos cuando les entrego mi solicitud y regreso a mi sitio. Diez minutos más tarde, uno de ellos se acerca a mi mesa con un carrito metálico coronado por

un receptáculo forrado con fieltro amarillo. El empleado saca un archivador y lo posa delante de mí. Me pongo mis guantes blancos, levanto la tapa del Archivo 262 y saco de él la primera libreta: 1890-1891. Aquí encuentro, por lo menos, algo parecido a un hogar.

PARÍS, 16 DE NOVIEMBRE DE 1890, DOMINGO

Ah, qué guapo es mi soldado. Fui a buscarle sola a la estación ayer por la tarde –Adrien y Dick estaban ocupados– y cuál fue mi sorpresa al verle bajar del tren. Le encontré muy mayor. A pesar de haberle visto muy a menudo con su uniforme, durante los fines de semana y el invierno pasado, con motivo del entierro de su querida abuela, por algún motivo ayer me pareció rebosante de autoridad y de salud. Y pensar que no ha vuelto a sufrir ningún ataque en Orleans desde sus vacaciones de verano... o al menos ninguno importante. Apenas una leve insuficiencia respiratoria. Si hacerse mayor significa librarse de esa espantosa afección, la edad será en su caso una auténtica bendición, por mucho que yo eche de menos a mi lobezno.

El doctor volvió a cenar a casa, ansioso como estaba por ver a Marcel, y naturalmente en seguida buscó enzarzarse con él en una conversación sobre estudios y profesiones. Tuve por tanto que contenerle para que nuestra primera noche juntos fuera un acontecimiento alegre. ¡El muchacho necesita tiempo para readaptarse y dejar crecer de nuevo su precioso cabello oscuro! Según nos ha dicho, a pesar de toda la soledad que ha tenido que soportar (también yo), ha terminado por disfrutar de la vida militar. Me pregunto qué habrá sido de la docena de tabletas de chocolate que le ordené que guardara. ¡Probablemente se las haya zampado de una vez el otoño pasado y en verano olvidara por completo nuestros planes de liberarle de su exilio! Marcel llegó incluso a pedir al coronel una prórroga de servicio de seis meses. Como es de rigor, el hombre rechazó semejante petición. Una auténtica estupidez, o lo que es lo mismo, simplemente una de las pequeñas fantasías de mi pequeño Marcel. Cualquiera puede ver que nunca llegará a ser militar ni, ya puestos, médico como su padre, aunque bien es cierto que no han de faltarle oportunidades profesionales en cuanto termine sus estudios. Está la cuestión de la fuerza de voluntad: a pesar de que siempre le ha faltado el vigor de su padre y de su hermano, su inteligencia encontrará el lugar que mejor le convenga, de eso no me cabe duda. Su gran sensibilidad debería serle útil en la diplomacia al menos, si no en el derecho. Y, mientras goce de buena salud, trabajará con ahínco, estoy segura.

En fin, no queda ni rastro de la tarta. Las doce porciones han desaparecido. El año ha pasado por fin, tal y como le anuncié que ocurriría, y Marcel vuelve a estar con nosotros. Esta primera mañana en casa le he dejado dormir hasta tarde, pero ya son casi las diez y he terminado con mi correspondencia. Iré a ver si se ha despertado.

PARÍS, 17 DE NOVIEMBRE DE 1890, LUNES

Marcel fue ayer por la tarde a visitar a Jacques Bizet y regresó entusiasmado. Dice que madame Straus parece dispuesta a admitirle en su salón pues está hecho todo un hombre. Sé que tanto ella como el padrastro de Jacques no siempre han considerado que Marcel fuera una compañía adecuada para el muchacho, pero parecen haber cambiado de opinión y ahora se muestran muy dispuestos. (Menuda estupidez. Marcel puede resultar extravagante en cuanto a sus emociones,

pero la idea de que fuera una mala influencia para Jacques es demasiado ridícula. Lo único que hacen los dos muchachos es hablar de literatura. En cualquier caso, Marcel jamás se ha ofendido y siempre ha tenido a madame Straus en la más alta estima.)

Por fin empecé anoche la lectura del libro de Pierre Loti. La descripción que hace de su madre, extraída de sus más tiernos recuerdos, es profundamente conmovedora.

PARÍS, 18 DE NOVIEMBRE DE 1890, MARTES

Papá y tío Louis vendrán a cenar esta noche. Se me ha ocurrido que, para variar, el cordero sería una buena opción. Me temo que Marcel encontrará muy cambiado a su abuelo. Es curioso lo distinto que reaccionamos todos ante la muerte. Yo jamás he puesto en duda que el tío Louis amara a su esposa, pero lo cierto es que ha sido siempre un viudo alegre, liberado de las preocupaciones domésticas y feliz de poder jugar con sus *coquettes*. (Imagino que Georges sería un caso muy parecido.) *Papa*, por otro lado, parece haberse encogido mucho desde la muerte de *Maman* y me resulta muy difícil acercarme a él en su dolor.

Marcel quiere asistir al salón de madame Arman de Caillavet este domingo (o comoquiera que ahora haya decidido llamarse. Esa familia se adjunta nombres a un ritmo prácticamente imposible: *de* esto, *de* lo otro...). Marcel la había visitado en un par de ocasiones antes de hacer el servicio militar y ha hecho amistad con su hijo Gastón y con la amiga de este, la hija de los Poquet. Dice que madame Arman de C. estará encantada de volver a disfrutar de su compañía y espera entusiasmado poder conversar en profundidad con Anatole France, el invitado más habitual del salón (y, según dicen, también el amante de madame). Le he dicho que preguntaría a su padre si le da su permiso para que vaya.

PARÍS, 19 DE NOVIEMBRE DE 1890, MIÉRCOLES

Durante la cena hemos hablado largamente sobre las perspectivas profesionales de Marcel, y Adrien le ha dicho que puede visitar a madame Caillavet el domingo siempre que el lunes vaya a la Sorbona y se matricule en Derecho. Su padre quiere también que Marcel considere con mayor detenimiento el programa de Ciencias Políticas de la École Libre. Según le ha dicho, es la mejor preparación en caso de que elija la carrera diplomática. Marcel insiste en que preferiría la carrera de literatura, aunque seguirá los deseos de su padre. Es sin duda una decisión harto razonable, aunque no me imagino a Marcel en el papel de abogado y las separaciones que acarrearía la diplomacia me aterran. Al menos su salud sigue fuerte, a pesar de que ayer tuve que recordarle con suavidad la cantidad de *patisseries* que se recomienda consumir en el curso de una tarde. Su presencia casi me consuela, paliando el dolor que provoca en mí la ausencia de su abuela.

PARÍS, 20 DE NOVIEMBRE DE 1890, JUEVES

Mi alegría por la aparente buena salud de Marcel era prematura. Un espantoso ataque anoche, uno de los peores, acompañado de esos horribles jadeos y de esa salivación que te hace pensar que va a expirar en cualquier momento.

Ocurrió después de cenar. Su padre y Dick habían estado muy alegres durante la velada. A decir verdad, nada fuera de lo habitual, aunque en esta ocasión se mostraban especialmente jubilosos porque Dick había anunciado que está firmemente decidido a estudiar medicina en cuanto

termine sus estudios en el *lycée*. Aunque, naturalmente, no ha sido ninguna sorpresa, Adrien no ha escatimado muestras de júbilo a la hora de felicitarle. Padre e hijo no han parado de reír durante toda la cena al tiempo que Adrien obsequiaba a Dick con el relato de todas las pillerías que había cometido en la facultad durante sus años de estudiante. Marcel se unió a ellos al principio, pero poco a poco fue quedándose callado. Cuando acabábamos de trasladarnos al salón, dieron comienzo sus pequeños jadeos. Aunque no es más que un leve sonido, juro que es tan horrible que podría oírlo desde el otro lado del boulevard Malesherbes. Su padre le dijo que se sentara y que respirara pausadamente, pero los jadeos no hicieron más que empeorar. Le acompañamos entonces a su habitación e intentamos recostarle sobre almohadones, pero para entonces Marcel estaba absolutamente aterrado. Finalmente, Adrien le administró un poco de morfina. A pesar de que a Marcel nunca le ha gustado y de que son raras las ocasiones en que la utilizamos, no parecía haber otra elección. Marcel se calmó, pero hubieron de pasar varias horas hasta que su respiración recuperó la normalidad. Me senté a su lado y le leí algunas páginas de Loti, que él ha empezado a leer por su cuenta, mientras Adrien y Dick volvían a su café.

Estas son mis propias traducciones. Les ruego que me disculpen si no son todo lo elegantes que deberían y si parezco incapaz de purgar cierta extravagancia gaélica de su prosa, haciéndola tal vez aparecer pretenciosa donde es, en realidad, altamente sensible. La sintaxis resulta escurridiza y sus construcciones, ligeramente formales según los estándares contemporáneos. ¿Cómo hacerles pues llegar su voz?

Quisiera que comprendieran que esta no es mi línea de trabajo habitual. Soy intérprete oficial de conferencias. Es decir, traductora simultánea: ponencias académicas, discursos políticos, esa clase de cosas. Como una antigua mecanógrafa, me enorgullezco de mi velocidad, de mi precisión y de un sexto sentido para el lenguaje, una premonición sobre lo que se dirá a continuación... o quizá sea simplemente la capacidad de reproducir correctamente lo que apenas se ha vislumbrado todavía. Una buena intérprete debe adivinar la dirección que toma la frase del conferenciante y formar una construcción que encaje de tal modo que concluya en el mismo punto donde lo hace él y tan solo un par de segundos más tarde, sin refundir, repetir ni recurrir a la pausa. Reconocerá un giro específico o cualquier suerte de jerga que el conferenciante decida utilizar, encontrando al instante el equivalente en la otra lengua. Imitará además su tono y también sus ideas. Hablará y escuchará a la vez. Se trata por tanto de un talento muy concreto que debe poner en práctica en circunstancias extremadamente específicas. Como ocurre con el controlador aéreo, la

intérprete está generosamente recompensada por la tensión que implica su actividad.

Huelga decir que el traductor literario no está tan bien pagado, aunque su vocación sea más sublime. La traducción literaria no requiere prisas y la exactitud se da por sentada. El talento se concentra en el matiz, en reconocer las capas de significado que encierra una palabra o una frase, y en encontrar en la otra lengua una versión estilística que ofrezca no solo la hermosa superficie sino que también apunte a las bostezantes profundidades. Debo confesar que semejantes sutilezas se me escapan a menudo. En fin, mentiría si dijera que es la ambición profesional la que me ha traído aquí.

PARÍS, 31 DE DICIEMBRE DE 1890, MIÉRCOLES (HACIA MEDIA NOCHE)

Faltan solo tres días para el primer aniversario de la muerte de *Maman*. No he podido escribir esta mañana y finalmente esta tarde he intentado distraerme de la tristeza que me embarga con una salida repetidamente pospuesta para comprar algunos regalos de Año Nuevo. Ya me había decantado por un trabajo anglosajón para Marcel –George Eliot y Dickens– cuando se me ocurrió pasar por Calmann Lévy, donde compré un ejemplar de *Middlemarch*. Por fin les había llegado la traducción. No veo la hora de poder comentarla con él y compartir a Dorotea, Casaubon y todos los demás. También quiero que lea a Dickens y me he decidido finalmente por *Grandes esperanzas*.

Como buscaba una cartera para Dick, ordené al cochero que me dejara en el boulevard Haussmann. Era tal el gentío que el cochero no podía acercarse a las puertas de las Galleries Lafayette, y menos todavía esperarme, de modo que opté por despedirle allí y volver andando a casa a pesar del frío. Los escaparates estaban llenos de brillantes luces y de coloridos adornos, vestidos elegantes, pañuelos de seda y cestas de Navidad: el aire olía a castañas asadas y a barquillos recién hechos y los transeúntes iban de acá para allá en un desfile que acompañaban los sonos de un acordeonista apostado en la esquina. Los vendedores callejeros gritaban con un vigor a mi entender más acusado que de costumbre, quizá desesperados al ver que solo les quedaban unas horas para finiquitar sus ventas. La muchedumbre se apretujaba contra mí, empujándome contra uno de los vendedores que se había interpuesto en mi camino y me mostraba unas baratijas para que las inspeccionara. Cuando intenté apartarle a un lado, él insistió:

–*Mais regardez, madame*. Mire qué preciosidades...

Sin embargo, el hombre vio la respuesta en la seriedad de mi rostro y le aparté de un empujón para entrar en la tienda. La verdad sea dicha, no encontré mucha más tranquilidad en el interior, y me costó Dios y ayuda no sucumbir aplastada ante semejante horda de humanidad antes de hacer mi compra y regresar al boulevard Malesherbes.

Mientras escribo, los hombres están en la misa del gallo de la iglesia de Saint-Augustin después de haber dejado a su judía sana y salva en casa. Me he asegurado de que Marcel saliera con tres bufandas, una debajo del chaleco, otra debajo del gabán y la tercera encima, pues me aterra especialmente que este frío gélido le provoque un nuevo ataque. Ha estado bien durante las

últimas semanas y afortunadamente hemos logrado evitar vivir una repetición de la espantosa escena que tuvo lugar en noviembre. Desde entonces, tan solo ha sufrido alguna pequeña indigestión puntual. A pesar de que no le dejé asistir al Domingo de madame Caillavet a causa del frío y quería que se quedara en casa también esta noche, sé lo mucho que disfruta con el boato de una buena misa y he decidido no retenerle.

Entraremos tranquilamente en el año nuevo cuando los hombres regresen a casa. Georges y Émilie tienen otra invitación, y tío Louis ha dicho que cuidaría de *Papa*. Me ha alegrado que seamos solo nosotros cuatro. El que viene será un año más adecuado para celebrar un *réveillon* apropiado.

PARÍS, 5 DE ENERO DE 1891, LUNES

He renunciado al luto por el bien de mis lobeznos y he prometido a Dick, que debe volver al colegio la semana que viene, un paseo por el Bois esta tarde, seguido de un convite en el salón de té. Dado que las temperaturas han ascendido ostensiblemente, la idea de salir se nos antoja mucho más apetecible. Debo esforzarme por imitar el magnífico ejemplo de entereza y elegancia que ha sido *Maman*, y aprender a ser valerosa en el dolor. Marcel en particular necesita de mi fortaleza, a pesar de que esté convirtiéndose en un asiduo de la alta sociedad. Marcel ha recibido un alud de invitaciones por Año Nuevo. Madame Hayman le ha sugerido que empiece a frecuentar su salón, y puede vérselo en el de madame Straus todas las semanas. Marcel charla con la gente prominente del mismo modo que últimamente sale de visita con Jacques Bizet. No hay duda de que la madre de Jacques es una mujer dotada de un gran ingenio, y su padrastro es un hombre encantador. Marcel dice que la semana pasada un nuevo invitado, una anciana dama conocida de monsieur Straus, aunque al parecer no de su esposa, preguntó si a madame Straus le gustaba la música. Ella guardó un instante de silencio antes de responder, para deleite de quienes la rodeaban: «Ah, en mi primera familia la música causaba furor». ¡No creo que la pobre señora supiera que estaba hablando con la viuda de Bizet! O quizá lo sabía pero lo había olvidado en su premura por entablar conversación.

PARÍS, 5 DE FEBRERO DE 1891, JUEVES

A Dios gracias, la gran cena del doctor ha concluido por fin, y creo que ha resultado bastante bien. Félicie ha contado con la ayuda de Geneviève y debo reconocer que ha hecho un buen trabajo con la langosta. Además, siempre podemos contar con su salsa de trufas para el pollo. Y el budín Nesselrode tenía un aspecto espectacular en el aparador. Lo cierto es que, aunque no resulta fácil saber cuál es el resultado de esta suerte de ocasiones, los hombres han pasado un buen rato conversando en el comedor después de que las damas nos retiráramos, y eso suele indicar que están tratando algún asunto de relevancia. Adrien me ha dicho que estaba encantado y que tiene la impresión de que las cosas progresan tan bien en lo relativo a la conferencia programada que puede volver a concentrarse en su ponencia sobre la neurastenia, en la que a decir verdad no ha conseguido avanzar nada desde el nuevo año.

Aparentemente, Marcel se está convirtiendo en un auténtico hombre de salón. El otro día, Adrien coincidió con madame Hayman en una cena y esta no dejó en ningún momento de deshacerse en cumplidos hacia Marcel, diciendo que muy pronto no habrá dama en el Faubourg Saint-Germain que esté a salvo de esos ojos. Todo parece apuntar a que Marcel ha quedado

especialmente cautivado por Jeanne Pouquet, que ha estado celebrando pequeñas recepciones para sus amigas a las que también él asiste.

Espero que Marcel sepa manejar sus afectos con un poco más de tacto que en el pasado. Aunque no hay duda de que a todas las damas les gusta ser admiradas, Marcel cae en un estado de inquietud tal que creo que consigue asustar a quienes le rodean... o peor aún, les divierte. Todavía recuerdo su agitación por la pequeña Benardaky, cuando aún estaba en el colegio, y cómo pasaba el día matando el tiempo, esperando a que llegara la hora de ir con ella y con sus amigas a los Campos Elíseos a jugar al rescate. Aunque los padres de la pequeña eran personas sumamente agradables, si bien ligeramente exóticos, Marie tenía tan solo catorce o quince años. Eran demasiado jóvenes para estar hablando de amor y Marcel estaba empezando a enfermar por culpa de todo el asunto. Adrien estuvo de acuerdo conmigo en que había que poner fin a la relación antes de que el niño perdiera por completo el control de sus emociones. Aun así, a menudo me pregunto si no me equivoqué prohibiéndole que volviera a verla. En cuanto lo hice, Marcel sufrió unos ataques espantosos, como si deseara castigarme por mi firmeza. Al menos ahora es lo bastante mayor como para mostrar una actitud más razonable hacia una muchacha bonita.

PARÍS, 18 DE FEBRERO DE 1891, MIÉRCOLES

Marcel está haciendo el más espantoso de los ridículos por culpa de Jeanne Pouquet. Y al parecer la muchacha está prometida a Gaston Arman de Caillavet. No me atrevo a imaginar lo que deben de pensar sus padres. Marcel cree que puede ocultármelo todo, pero cualquiera sabría ver que está enamorado. Vuelve a soñar despierto durante el día como lo hiciera en su día con Marie de B., a la espera del siguiente té o de la siguiente visita. Ayer, cuando Jacques Bizet vino a buscarle y esperaba en el salón a que se vistiera, avivó mis temores al hacerme una confidencia. Jacques dice que el año pasado en Orleans, mientras ambos cumplían el servicio militar, Marcel escribía constantemente a las Pouquet y llegó a proponer a madre e hija que fueran a hacerle una visita. Dios del cielo: el joven príncipe a punto estuvo de alquilar un *château* próximo –uno pequeño, naturalmente– donde pensaba recibir a sus nuevas amigas. A veces me pregunto si el muchacho es capaz de distinguir entre sus sueños y la realidad. A Jacques la historia le pareció extremadamente divertida, aunque a mí tan solo me causa tristeza. No se la contaré a Adrien, pues tan solo conseguiría hacerle enfadar. Cada vez le preocupa más que Marcel no preste la debida atención a sus estudios.

PARÍS, 5 DE MARZO DE 1891, JUEVES

Ayer tomé el té con tío Louis y en el vestíbulo de su edificio me crucé con su amiga, madame Hayman. Aunque sé que Adrien la ve en algunas cenas de vez en cuando, hacía años que yo no coincidía con ella. Es indudable que la edad no ha hecho mella en su belleza y, a diferencia de la mayoría de *coquettes* que han superado los treinta años, no lleva ni una pizca de *rouge*. A pesar de ser una mujer de dudosa reputación, cuida de tío Louis más de lo que jamás lo hizo su difunta mujer, y hace tiempo que dejé de ser una inocente novia para dar lecciones de moralidad, de modo que la saludé cortésmente y terminamos teniendo una agradable charla. Madame Hayman me habló de las conquistas sociales de Marcel. Cierto es que él asiste habitualmente a su salón de los martes, donde sin duda conocerá a toda suerte de duques y de príncipes, o quizá de duquesas y de princesas. Cuando le hablé muy seriamente de que lo que él

necesita es estudiar y descubrir su profesión, ella simplemente se echó a reír y dijo: «Oh, vamos, madame. Para él, su profesión será el salón».

Le conté a tío Louis que había hablado con madame, por si ella decidía mencionárselo. No me apetecía que él creyera que no me llevaba bien con ella. Tío Louis está más que dispuesto a abrir la casa de Auteuil lo antes posible y me apremió para que fuera a visitarlo con Adrien y pasáramos allí la Pascua o quizá más tiempo.

PARÍS, 8 DE ABRIL DE 1891, MIÉRCOLES

Bueno, el hogar de los Proust está a punto de romperse en pedazos por culpa del asunto de los crisantemos. Y no me refiero a los pequeños crisantemos franceses, naturalmente. No tendría sentido permitir que unas flores tan pobres destruyan una familia. No, me refiero a los grandes ejemplares japoneses que tan de moda han estado este invierno, codiciados tanto por la mujer de dudosa reputación como por la duquesa, quizá incluso por la mujer del médico. Esas inmensas flores bronceas son el motivo de nuestra disputa.

En resumen: Adrien ha visto la factura de la floristería que ha pagado Marcel. No sé con certeza a quién se han enviado esos ramos, además de a madame Hayman, que recientemente informó al doctor de que Marcel le había ofrecido un extravagante ramo que contenía una pequeña nota llena de alusiones a la primavera. Creyó que debíamos saberlo, bendita sea. Mientras tanto, tengo entendido que madame Straus ha dejado claro que no desea recibir esa clase de regalos, y la semana pasada, mientras tomábamos el té en casa de los Faure, la madre de Robert de Billy mencionó que le había asombrado que Marcel hubiera enviado flores al muchacho.

Naturalmente, es una familia protestante y por tanto más proclive a sorprenderse ante esta suerte de manifestaciones.

Le comenté a Adrien que Marcel puede gastar su asignación como prefiera, pero es imposible discutir con el doctor. El coste de esas flores, la emoción implícita en estos asaltos al corazón humano y las personas a las que pertenecen esos corazones... todo ello es prueba de un claro desorden. Finalmente logré que el doctor, que había encontrado la factura en el correo de la mañana y que la había abierto sin reparar en que iba dirigida a «Monsieur M. Proust» y no a «Monsieur A. Proust», me permitiera hablar primero con Marcel, antes de que él abordara la cuestión con su hijo. La salud de Marcel se resiente al ver enojado a su padre, por mucho que Adrien insista en que son mis mimos excesivos los que le enferman.

Dentro de unas semanas será el primero de mayo. Habrá floristas vendiendo lirios del valle en cada esquina. ¡Preciosos y baratos!

PARÍS, 11 DE ABRIL DE 1891, SÁBADO

M. Barrère vino ayer a cenar. Fue una cena familiar, aunque no quiso ver a Marcel, que a su vez había huido a una fiesta tras el difícil encontronazo que habíamos tenido durante la tarde. Dick se encargó por tanto de atenderle. Charlamos largo y tendido sobre el progreso de los alemanes, que, según informa Adrien, han desarrollado una antitoxina contra el tétanos. M. Barrère y él debatieron sobre cuál de las dos opciones sería más significativa para poner freno a la enfermedad: la posibilidad de las antitoxinas o simplemente una higiene mejor. Adrien apostaba por la higiene, por supuesto, y Dick se implicó entusiasmado en la conversación, argumentando que el futuro estaba en las antitoxinas. Los hombres le aconsejaron que no creyera en milagros (¡hablaba ya el idealista y joven estudiante de medicina!). M. Barrère se quejó de que sus

superiores políticos nunca prestan atención a estas cuestiones hasta que se les echa encima una epidemia y es entonces cuando quieren que los médicos hayan encontrado la cura dos días antes.

La conversación sobre los crisantemos no fue agradable. Después del almuerzo, me llevé a Marcel aparte e intenté hacerle entender que a la gente le avergüenza recibir regalos excesivos y que el coste era desproporcionado para su asignación. Él me dijo que si esa clase de regalos me parecían abrumadores era solo porque carezco de sentimientos exquisitos y que en las casas del Faubourg Saint-Germain los grandes jarrones de flores frescas se consideran indispensables. Se enfadó mucho y menospreció todas las macetas de helechos del salón antes de romper a llorar. Yo salí en defensa de mis helechos y, antes de girar sobre mis talones y salir apresuradamente, anuncié: «Nosotros no vivimos en el Faubourg Saint-Germain». ¡Madre e hijo deberían avergonzarse de tan dramático comportamiento, propio de la mismísima Bernhardt!

Nuestra cronista escribe a diario, todas las mañanas sin falta, llenando estas páginas con una entrada tras otra. La imagino después del desayuno, con un vestido de día que podríamos confundir con un traje de fiesta, en un pequeño estudio adjunto a su habitación o quizá sentada a una mesa en el amplio salón, rememorando al detalle los acontecimientos del día anterior en sus libretas con letra pequeña y precisa. Al otro lado de la ventana, los carruajes recorren en ambas direcciones el boulevard Malesherbes, y apenas se alcanza a oír el chasquido de los cascos de los caballos a través del cristal. Dentro, se oye solo el tictac de un reloj en una habitación amueblada en exceso, con pesados cortinajes, madera oscura, sillas tapizadas con terciopelo o con damasco rojo y helechos llenando aquellos rincones que no estén ocupados ya por grandes jarrones de porcelana, pequeñas *statuettes* y curiosidades orientales que el doctor ha ido trayendo de sus viajes. Entonces Marcel la interrumpe. Se ha levantado tarde y busca sus guantes, o es Jean el que entra discretamente, esperando instrucciones para el menú de la cena.

Madame Proust es una cronista fiel, regular y consistente, pero no puedo seguir su ritmo, de modo que he empezado a clasificar y a elegir, seleccionando las entradas más explicativas y dejando aparte las más mundanas. He empezado así a dar forma a su vida.

¿Consideran quizá que he cometido un error? ¿Lo juzgan poco erudito, o quizá poco científico? Como el amenazante monsieur Richaud, deben de sospechar que me mueve algún interés oculto y

quizá lean cierta tensión culpable en mi mano enguantada o un ángulo poco inocente en la inclinación de mi lápiz. Confieso que he empezado a buscar aquí un estereotipo. ¿Acaso no puede el traductor aspirar a contar una historia? ¿O detectan quizá un acto de desmesura? Una incipiente traductora literaria que pone ya a prueba los límites de sus pequeñas alas, que otea las lejanas copas de los árboles donde anidan los editores y los novelistas y, en un arrebatado de estupidez, cree por un instante que con un mínimo aleteo podrá unirse a ellos. Max decía a menudo que se me daba mejor escuchar que hablar, dedicada siempre a colocar las piezas en orden sin atender al contexto necesario para comprender una historia, como la niña que, demasiado ansiosa por repetir un chiste, balbucea el desenlace sin el necesario énfasis. Él sospechaba que la culpa la tenía mi bilingüismo: un talento precoz para las lenguas puede confundir tanto como puede clarificar. Aunque tampoco es que Max fuera un gran narrador después de todo. Pero esta no es su historia, sino la mía. Permítanme que demuestre mi fluidez con las palabras de otro.

TROUVILLE. HÔTEL DES ROCHES NOIRES, 9 DE JULIO DE 1891, JUEVES

Ayer le escribí a Marcel una carta más larga de lo habitual y se la envié a la atención de Jean para que la carta esté en la mesa cuando Marcel se levante mañana por la mañana. De este modo, me aseguro de que el muchacho recibirá la felicitación de cumpleaños de su madre durante el desayuno. Qué bobada no estar juntos en un día como hoy, aunque tendré a Marcel conmigo aquí en la costa antes de fin de mes.

Y es que a veces es más fácil decirle a un hijo lo mucho que le quieres por carta. Le he recordado la fecha del 10 de julio de 1871. Bien es cierto que hoy la inestabilidad de esos días se me antoja muy lejana y la solidez de la República es un hecho. ¡Y pensar que Adrien a punto estuvo de ser alcanzado por una bala en mitad de una calle de París! En cualquier caso, no he olvidado la preocupación. Creo que la llevo conmigo desde el día en que nació Marcel, aunque no es así como lo expreso en mi carta. Además, ese es precisamente el privilegio de toda madre: cuidar de su pequeño a diario.

TROUVILLE. HÔTEL DES ROCHES NOIRES, 13 DE JULIO DE 1891, LUNES

Marcel me ha enviado la más hermosa de las cartas en respuesta a mi felicitación de cumpleaños, una misiva que acabo de leer en este preciso instante y a la que he respondido de inmediato. Ese muchacho es tan sensible que siempre ve el fondo de cualquier cuestión emocional. Empieza dándome las gracias por la pequeña lección de historia. De todos modos, naturalmente, ha sido estúpido de mi parte porque cualquier estudiante de ciencias políticas lo sabe todo sobre la

Comuna, el ataque de los alemanes a París, y también el asedio, pero tal y como dice Marcel, nos gusta contar a nuestros hijos las mismas historias familiares una y otra vez. Supongo que es una forma de asegurarnos de que los vínculos sigan siendo fuertes.

Cuántas veces le habré dicho: «Marcel, cuando tu madre te llevaba en el vientre, todo París estaba hambriento pero yo te tenía a ti para sentirme plena...». Su padre tuvo que mandarme a Auteuil por motivos de seguridad y cuando por fin di a luz, Marcel estaba tan enfermo que el médico que me atendió creyó que no viviría. Imagino que no le conté esa parte cuando era pequeño, como tampoco le hablé de la bala perdida que a punto estuvo de matar a su padre, pues a fin de cuentas no procede asustar a los niños con historias de enfermedad y de muerte. En su carta, Marcel describe mi rostro y me dice cuán querido es para él, además de citar a Loti: «Desearía saludarla con palabras especiales, palabras confeccionadas especialmente para ella». Reconoce que a veces se siente muy triste porque sabe que me causa dolor con su mala salud y su falta de fuerza de voluntad. Me he apresurado a escribirle para tranquilizarle sobre este aspecto y asegurarle que disfruto viendo cómo se aplica en los estudios, que jamás me ha causado un dolor que no hubiera sido un privilegio para cualquier madre sufrir. Para terminar, he recurrido a las cartas de madame de Sévigné a su hija: «Qué bien justificas ese amor excesivo que, como bien saben todos, siento por ti».

PARÍS, 27 DE OCTUBRE DE 1891, MARTES

Las cosas no han empezado con buenos presagios en este nuestro otoño de seriedad académica. Marcel ha protagonizado un *rapprochement* con madame Straus.

Cierto es que el propio monsieur Straus vino la semana pasada para decirle a Marcel que todo ha quedado olvidado y que puede volver al salón de su esposa todas las semanas como antes. Ha quedado tácitamente aclarado que no habrá más ramos inapropiados ni extravagantes cumplidos, que, según sospecho, resultaban más fastidiosos para monsieur que para madame, aunque la presencia del muchacho se guarda con ilusión.

Marcel no cabe en sí de gozo y estalló de júbilo con la noticia en cuanto monsieur Straus se marchó (después de que el caballero se detuviera amablemente a presentarme sus respetos de camino a la puerta). En fin, los Straus son gente encantadora. Judíos, por supuesto, pero muy cultos, y estoy segura de que el salón de madame está lleno de las personas más eruditas y literarias. Aun así, el niño no necesita distracciones sociales. Lo que necesita es estudiar. Le advertí de que no fuera con la noticia a su padre porque de lo contrario se metería en problemas.

Mientras tanto, la temporada ha dado comienzo en casa de madame Baignères y en la de madame Arman de Caillavet, donde Marcel espera seguir cultivando su amistad con el propio monsieur France, sin duda deseoso de ver cumplidas sus ambiciones literarias. Ayer, por fin insistí para que Marcel estableciera un horario, dedicando una serie de horas semanales a la lectura, y le comenté que, si insiste en volver a casa a altas horas de la madrugada, los períodos de estudio de nueve horas no me parecen una posibilidad demasiado realista.

PARÍS, 27 DE NOVIEMBRE DE 1891, VIERNES

Puesto que seguimos gozando de tan altas temperaturas, madame Faure y yo salimos ayer a dar un paseo antes de que los preparativos de la temporada lo impidan. Abruma la ronda de cenas y de bailes a los que debe asistir el mes que viene. Ese es, sin duda, el deber de la mujer de un

político. De hecho, yo tenía la sensación de estar haciéndole un gran bien al proporcionarle un pequeño *tête-à-tête* con una buena amiga para variar. Conversamos largo y tendido sobre las obligaciones conyugales y nos preguntamos hasta qué punto debemos cerrar los ojos a la evidencia. Yo no era consciente de que monsieur Faure fuera tan activo fuera de casa. Pobre mujer, sé por experiencia que esa clase de asuntos son una carga tremenda.

Marcel está muy entusiasmado porque ha conocido a la princesa Mathilde en casa de madame Straus. Había oído decir que viste como una mujer sencilla y no duda en mencionar los orígenes humildes de los Bonaparte. Cuando Marcel le tomó la mano y fue a besarla, ella la giró bruscamente y le estrechó la suya. Adrien se quedó realmente impresionado y dijo: «¡Imaginaos al nieto de Louis Proust estrechando la mano de la sobrina de Napoleón!».

Me vi obligada a recordarle con suavidad al doctor que se proclama republicano.

PARÍS, 8 DE ENERO DE 1892, VIERNES

Estamos recuperándonos del enlace Neuburger-Bergson. Marcel y Dick estaban muy elegantes, de pie junto a la novia y al novio bajo el baldaquín. (Qué detalle de su parte honrarles de semejante modo, aunque debo admitir que me sorprendió ligeramente que no consideraran que *Maman* fuera un familiar lo suficientemente cercano como para que la proximidad del aniversario de su muerte tuviera que evitarse a la hora de fijar la fecha de la boda.) Ese traje nuevo de Eppler tiene un corte perfecto, por no hablar de la encantadora línea que dibuja en los hombros. Quizá debería decirle a Dick que mande hacerse allí las camisas en vez de aquí al lado. Marcel siente adoración por su primo nuevo. Tuvieron una larga discusión sobre la obra de monsieur Bergson en una de las recepciones celebradas antes del nuevo año y Marcel intentaba explicarme sus teorías. Se trata del modo en que experimentamos nuestros recuerdos del pasado, aunque mentiría si dijera que entendí lo que me decía. Louise estaba preciosa y su vestido lucía las más exquisitas cuentas.

Monsieur Blanche no deja de presionar a Marcel sobre la cuestión del retrato. A pesar de su juventud, cuenta ya con cierta reputación como pintor, de modo que animé a Marcel a que accediera a posar para él. Aunque supondrá sin duda una distracción de sus estudios, sería una lástima dejar pasar una oportunidad así. Si bien monsieur Blanche acometerá el retrato por voluntad propia –al parecer, le gustan los ojos italianos de Marcel, por lo que cualquier madre debe entender que es un hombre de juicio–, he sugerido a Adrien que, si el retrato es un éxito, podríamos incluso comprarlo. Este verano, mi lobezno cumplirá veintiún años, ¡y qué estupendo regalo sería!

PARÍS, 7 DE MARZO DE 1892, LUNES

Anoche tuvimos un acalorado debate familiar sobre los méritos del teléfono. Dick está totalmente a favor y dice que llegará el día en que habrá uno en todas las casas. Llegó incluso a intentar convencer a Adrien de que sería muy útil en su consulta, añadiendo que en Norteamérica todos los médicos tienen ya línea. Marcel es escéptico al respecto y defendió a ultranza el neumático, diciendo que no hay nada que un teléfono pueda hacer que un *petit bleu* no sea capaz de conseguir con la misma celeridad. Dick respondió que si enviabas una invitación y la otra persona podía responder en cuanto la recibiera, eso aceleraría las cosas. Marcel apuntó entonces inteligentemente que a menudo no deseamos una respuesta inmediata, sino que preferimos disponer de unos días para considerar nuestra agenda social y el resto de

invitaciones recibidas. Debo confesar que personalmente no acabo de acostumbrarme a mandar invitaciones empleando el neumático porque siempre he preferido la carta, aunque quizá las cosas sucedan tal y como dice Dick y terminemos por habituarnos al teléfono.

Ahora que visita tan a menudo a los Straus, Marcel vuelve a frecuentar la compañía de Jacques Bizet y de Daniel Halévy. Al parecer, el grupo de antiguos alumnos del Lycée Condorcet desea editar una revista literaria y Marcel está ahora ocupado con las reuniones de lanzamiento y demás. Quiere también ofrecer una cena a sus amigos esta temporada y ahora me toca a mí convencer al doctor para que le dé su permiso. A fin de cuentas, es joven y es natural que los jóvenes quieran entrar en sociedad. Además, no está bien visitar continuamente otras casas sin abrir las puertas de la propia.

AUTEUIL, 25 DE ABRIL DE 1892, LUNES

¿Acaso no nos libraremos nunca de este demonio que es el asma? Aunque no ha sido un ataque demasiado fuerte –tan solo jadeos y resuellos– y ha remitido en seguida, la ansiedad que el asma provoca en mi pobre Marcel me resulta casi insufrible. Sería monstruosamente injusto que siguiera impedido por su salud ya de mayor.

Vivimos bajo esta nube desde el día en que estuvimos en el Bois. De pronto me doy cuenta de que de eso hace exactamente once años, pues pasábamos las vacaciones de Pascua en casa de tío Louis cuando ocurrió, y Marcel tenía once años en aquel entonces. Allí estábamos todos, disfrutando de un precioso día de primavera en el Bois de Boulogne, cuando de repente Marcel empezó a jadear, ahogándose y retorciéndose en el suelo con las manos cerradas sobre el pecho. Jamás olvidaré esa imagen, como tampoco olvidaré cómo un día soleado y perfectamente inocente puede convertirse de pronto, y en cuestión de un solo instante, en una pesadilla. Y al levantar los ojos esperando que de algún modo el tiempo haya cambiado en respuesta a semejante pesar, el cielo azul se burla de ti y la claridad del aire resulta casi maligna.

Supongo que la causa hay que buscarla en los árboles. Esta semana, aunque tarde después del duro invierno, por fin se cubrirán de hojas. A pesar de que había planeado regresar a París el fin de semana, le he dicho a tío Louis que volveré de inmediato, con la esperanza de que Marcel esté más cómodo si no sale del apartamento. Qué curioso se me antoja que consideremos saludable el aire del campo que se respira en Auteuil cuando para él es motivo de enfermedad.

PARÍS, 27 DE MAYO DE 1892, VIERNES

Ayer por la tarde fui sola al Louvre y pasé gran parte del tiempo sumida en la contemplación de *La buenaventura* de Caravaggio. Aunque debo de haber visto el lienzo en repetidas ocasiones, quizá los cuidadores lo hayan trasladado a una nueva ubicación o lo hayan limpiado y eso explica que me haya llamado hoy la atención como lo ha hecho. La vidente es una vulgar campesina de rostro redondo y rubicundo, pero su cliente, que le tiende la mano y la mira con cierto recelo, es sin duda un hombre de noble cuna, con elegantes vestiduras y de delicados rasgos.

Hasta hoy no había reparado en lo mucho que se parece a Marcel. La nariz es larga y recta, con una leve protuberancia o arqueamiento justo por debajo del puente. Los ojos, pequeños, con una pronunciada línea que cruza la mitad del párpado y que separa la piel del párpado propiamente dicho de la de la frente, como si estuviera labrada en piedra. Las mejillas, encendidas, y los labios, rojos y carnosos. Bueno, no son pocos los que comentan a menudo